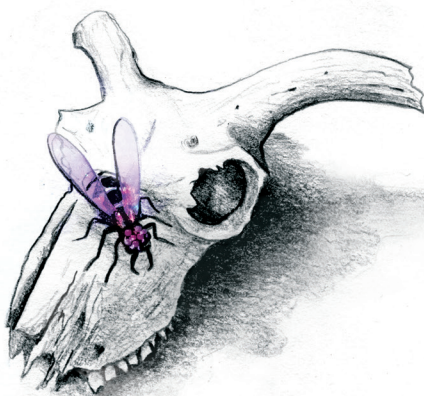


H. P. Lovecraft

EL COLOR QUE
CAYÓ DEL ESPACIO



H. P. Lovecraft

EL COLOR QUE
CAYÓ DEL ESPACIO

Ilustraciones de
Albert Asensio

Traducción de
Colectivo Lovecraft BdL

Nørdicalibros
2020

Título original: *The Colour Out of Space*



Con la colaboración de la escuela de escritura
Billar de Letras (billardeletras.com)

© De las ilustraciones: Albert Asensio

© De la traducción: Javier Alcázar Colilla, María Jesús De Pablo Carrión, Eva Delgado Bravo, Rosana Esquinas López, Arantxa Fernández, Goran G. Gallarza Cacic, Daniel Garvín Vic, Joaquín López-Toscano, Carolina Santano Fernández y Maite Fernández Estañán (coordinadora)

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-18067-97-6

Depósito Legal: M-25937-2020

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados
(Alcobendas, Madrid)

Diseño de colección y maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Al oeste de Arkham las colinas se elevan salvajes y hay valles con profundos bosques que ningún hacha ha cortado jamás. Hay cañadas estrechas y oscuras donde los árboles se inclinan exuberantes, y donde pequeños riachuelos gorgotean sin haber recibido nunca un rayo de sol. En las suaves ondulaciones de las laderas se yerguen antiguas granjas hechas de piedra junto a casas de campo en ruinas y cubiertas de musgo que guardan eternamente los secretos de la antigua Nueva Inglaterra al abrigo de grandes salientes de roca; pero ahora todas están vacías, las anchas chimeneas se desmoronan, y las paredes se hinchan peligrosamente bajo los tejados abuhardillados.

Los antiguos habitantes se han marchado y a los foráneos no les gusta habitar este lugar. Los franco-canadienses lo han intentado, los italianos lo han intentado; los polacos han llegado y se han marchado.

No es por algo que se pueda ver, oír o tocar, sino por algo que se percibe. El lugar no es idóneo para mentes fantasiosas y no invita a un sueño reparador. Debe de ser eso lo que mantiene alejados a los foráneos, ya que el viejo Ammi Pierce nunca les ha contado nada de lo que recuerda de los días extraños. Ammi, cuya mente no ha estado en sus cabales desde hace tiempo, es el único que sigue allí o que habla de aquellos días; y se atreve a hacerlo porque su casa está situada muy cerca de los campos abiertos y de los caminos transitados que circundan Arkham.

Hubo una vez un camino que discurría en línea recta sobre las colinas y a través de los valles, donde ahora se encuentra el yermo asolado; pero la gente dejó de transitarlo y se trazó un nuevo camino que se desviaba hacia el sur. Todavía se pueden encontrar vestigios del antiguo camino entre la maleza salvaje que regresa. Sin duda, algunos de ellos perdurarán incluso cuando la mitad de los valles sean anegados por el nuevo embalse. Entonces, los oscuros bosques desaparecerán y el yermo asolado descansará anegado por las aguas azules, cuya superficie reflejará el cielo y dibujará ondas bajo el sol. Así, los secretos de los días extraños se fundirán con los de las profundidades; se



fundirán con el acervo oculto del viejo océano y con todo el misterio de la tierra primigenia.

Cuando me adentré en las colinas y valles a explorar el terreno para el nuevo embalse, me dijeron que aquel lugar estaba maldito. Eso me dijeron en Arkham, pero al tratarse de una ciudad muy antigua y llena de leyendas de brujas, pensé que lo de la maldición sería algo que las abuelas habían contado en susurros a los niños durante siglos. El nombre de «yermo asolado» me pareció muy extraño y teatral, y me pregunté cómo habría llegado a formar parte de la tradición de un pueblo puritano. Fue entonces cuando vi con mis propios ojos la maraña oscura que se extendía hacia el oeste de cañadas y laderas, y dejé de preguntarme por cualquier otra cosa que no fuera aquel viejo misterio. Era por la mañana cuando lo vi, pero la penumbra siempre estaba al acecho. Los árboles crecían demasiado juntos y los troncos eran demasiado grandes como para ser madera sana de Nueva Inglaterra. Había demasiado silencio en los sombríos pasadizos que los separaban, y el suelo estaba excesivamente blando debido al musgo húmedo y a las capas de infinitos años de descomposición.

A lo largo del antiguo camino, sobre todo en los claros, había pequeñas granjas en la ladera; a veces con todas las edificaciones en pie, a veces con solo una o dos, y a veces tan solo una chimenea solitaria o una bodega derruida. Reinaban las hierbas y las zarzas, y la furtiva naturaleza crujía en el sotobosque. Sobre todas las cosas pesaba una neblina de inquietud y opresión; un toque irreal y grotesco, como si algún elemento esencial de la perspectiva o el claroscuro no estuviera en su lugar. No me sorprendió que los foráneos no se quedaran, ya que no era un lugar en el que pernoctar. Se parecía demasiado a un paisaje de Salvador Rosa, se parecía demasiado a un grabado prohibido en un cuento de terror.

Pero nada es comparable al yermo asolado. Lo supe desde el momento en que lo encontré al fondo de un amplio valle; no se podría llamar de ninguna otra manera, ni ninguna otra cosa podría llevar ese nombre. Parecía que un poeta hubiera acuñado el término después de haber visto esta región en concreto. Al verlo, pensé que sería el resultado de un incendio. Pero ¿por qué no había crecido nada nuevo en aquellos cinco acres de gris desolación a cielo abierto que parecían una gran mancha corroída por

el ácido entre los bosques y campos? Se encontraba en su mayor parte al norte del antiguo camino, pero invadía un poco el otro lado. Sentía una extraña reticencia a acercarme, y si lo hice, fue solo porque mis asuntos me obligaban a pasar por allí. No había vegetación alguna en aquella vasta extensión; solo un polvo fino y gris, como ceniza, que ningún viento parecía llevarse nunca. Los árboles cercanos tenían un aspecto enfermo y raquítico, y había muchos troncos muertos, en pie o caídos, pudriéndose en las lindes. Mientras lo atravesaba apresuradamente, vi a mi derecha los ladrillos y las piedras desmoronadas de una vieja chimenea y una bodega, y las fauces negras de un pozo abandonado cuyos vapores estancados jugaban de forma extraña con los reflejos de la luz del sol. Incluso el largo y oscuro bosque que se extendía más allá parecía agradable en comparación, y ya no me maravillaba de los asustados cuchicheos de los habitantes de Arkham. No había ni casas ni ruinas cerca; incluso en tiempos lejanos debía de haber sido un lugar solitario y remoto. Y al atardecer, temiendo volver a cruzar aquel siniestro lugar, regresé a la ciudad dando un enorme rodeo por el camino del sur. Deseaba, en cierta forma, que se cerraran las nubes,

porque una extraña aprensión por los profundos vacíos celestes se había deslizado en mi alma.

Ya de noche, pregunté a los ancianos de Arkham por el yermo asolado, y a qué se refería aquella expresión de «los días extraños» que tantos murmuraban de forma evasiva. Sea como fuere, no pude encontrar ninguna respuesta adecuada a mis preguntas, salvo que todo aquel misterio era mucho más reciente de lo que había imaginado. No era en absoluto un suceso legendario, sino que había tenido lugar durante las vidas de aquellos con los que hablé. Había ocurrido en la década de 1880, y una familia había desaparecido o había sido asesinada. Mis interlocutores no eran precisos; y dado que todos ellos me pidieron que no prestara atención a las delirantes historias del viejo Ammi Pierce, lo busqué a la mañana siguiente. Había oído que vivía solo en la antigua casa en ruinas allá donde los troncos de los árboles comenzaban a ser más gruesos.

Era un lugar pavorosamente antiguo, y había empezado a exudar ese tenue olor a rancio de las casas que llevan en pie demasiado tiempo.

Solo después de llamar con insistencia pude despertar a aquel anciano, y cuando se arrastró encogido

hacia la puerta, supe que no se alegraba de verme. No era tan débil como esperaba; pero su mirada marchita, su ropa descuidada y su barba blanca le daban un aspecto ajado y lúgubre.

Al no saber cuál sería la mejor forma de que comenzara con sus historias, fingí que iba por un asunto de trabajo: le hablé de mi reconocimiento del terreno, y le hice algunas preguntas generales sobre la zona. El hombre era mucho más sagaz y educado de lo que me habían llevado a pensar, y cuando quise darme cuenta, ya lo había entendido mejor que cualquiera de los hombres con los que había hablado en Arkham. Él no era como otros hombres de campo que había conocido en aquellas zonas donde más adelante estarían los embalses. Él no se quejó de las millas de viejos bosques y tierras de cultivo que quedarían anegadas, aunque quizá lo habría hecho de no quedar su hogar fuera de los límites del futuro embalse.

Todo lo que aquel hombre mostró fue alivio: alivio ante la condena de aquellos viejos y oscuros valles por los que había vagado toda su vida. Estarían mejor bajo el agua..., mejor bajo el agua..., sobre todo después de los días extraños. Y, tras aquellas primeras palabras, su voz ronca se hizo aún más grave,

y el hombre se echó hacia delante y empezó a señalar algo, tembloroso, moviendo el dedo índice con un gesto estremecedor.

Fue entonces cuando escuché la historia, y, a medida que su farragosa voz carraspeaba y susurraba, yo me estremecía una y otra vez a pesar del calor del verano. Más de una vez tuve que rescatar a mi interlocutor de sus divagaciones, desmenuzar las cuestiones científicas que solo conocía a fuerza de repetir parloteos de profesor que ahora se desvanecían en su memoria, o salvar las lagunas, allí donde fallaba su sentido de la lógica y la coherencia. Cuando terminó, no me sorprendió que se le hubiera ido un poco la cabeza ni que las gentes de Arkham no hablasen demasiado del yermo asolado. Me apresuré a volver al hotel antes del anochecer, no queriendo que las estrellas me sorprendieran a cielo abierto; y al día siguiente regresé a Boston para renunciar a mi puesto. No podría entrar otra vez en aquel sombrío caos del viejo bosque y la ladera, ni afrontar de nuevo aquel yermo asolado y gris en el que el negro pozo abría su inmensa boca al lado del montón de ladrillos y piedras. El embalse se construiría pronto, y todos aquellos secretos ancestrales descansarían a salvo para siempre, sepultados bajo el

agua. Pero, aun así, dudo mucho que quisiera volver a visitar esa tierra de noche, al menos no a la luz de las siniestras estrellas; y por nada del mundo bebería la nueva agua de la ciudad de Arkham.

Todo empezó, según el viejo Ammi, con el meteorito. Nunca antes de aquello se habían oído leyendas delirantes, no desde la caza de brujas, e incluso entonces jamás estos bosques del oeste habían provocado ni la mitad del pavor que suscitaba la pequeña isla del Miskatonic, donde el diablo concedía audiencia, junto a un extraño y solitario altar, más antiguo que los indios. Estos no eran bosques encantados, y su sobrecogedor crepúsculo nunca había resultado aterrador hasta los días extraños. Entonces llegó aquella nube blanca del mediodía, aquella cadena de explosiones en el aire, aquella columna de humo procedente del valle en la lejanía del bosque. Y para cuando cayó la noche, todo Arkham sabía de la enorme roca que había caído del cielo y se había incrustado en el suelo al lado del pozo de Nahum Gardner. Suya era la casa que se alzaba en el lugar en que más tarde se hallaría el yermo asolado: la primorosa casa blanca de Nahum Gardner, en medio de sus fértiles jardines y huertos.



Nahum había ido al pueblo a contarle a la gente lo de la roca y, de camino, paró en casa de Ammi Pierce. Por aquel entonces Ammi tenía cuarenta años, y todos aquellos extraños sucesos se le quedaron grabados a fuego en la memoria. Él y su mujer habían ido con los tres profesores de la Universidad de Miskatonic, que se apresuraron a salir a la mañana siguiente para ver el extraño visitante del ignoto espacio interestelar, y estos no entendían por qué el día antes Nahum había asegurado que era enorme. Había encogido, dijo Nahum mientras señalaba el gran montículo parduzco sobre la tierra resquebrajada y la hierba calcinada cerca del arcaico cigoñal del pozo de su patio delantero; pero aquellos sabios respondieron que las piedras no encogían. Seguía obstinadamente caliente y Nahum afirmó que había desprendido un tenue fulgor durante la noche. Los profesores la tentaron con una piqueta y vieron que era extrañamente blanda. De hecho, tan blanda que era casi maleable; y tuvieron que cincelar, más que picar, una muestra para analizarla en la universidad. Se la llevaron en un viejo balde que cogieron de la cocina de Nahum, porque incluso el pequeño trozo se resistía a enfriarse. En el camino de vuelta, pararon en casa de Ammi

para descansar, y parecían pensativos cuando la señora Pierce señaló que el fragmento había encogido aún más y había quemado el fondo del balde. Verdaderamente, no era grande, pero quizás habían recogido un trozo más pequeño de lo que pensaban.

Al día siguiente —todo aquello fue en junio de 1882— la tropa de profesores volvió a salir con gran entusiasmo. Al pasar por la casa de Ammi, le explicaron el comportamiento tan extraño que habían observado en la muestra y cómo esta se había ido consumiendo hasta desaparecer por completo, tras meterla en un vaso de precipitado de cristal. El vaso de precipitado también había desaparecido, por lo que el grupo de sabios debatió sobre la afinidad química de la extraña piedra por el silicio. Había actuado de un modo bastante increíble en aquel laboratorio, tan bien ordenado: no reaccionó en absoluto ni mostró ningún gas ocluido cuando la calentaron sobre carbón, dio completamente negativo en la prueba de las perlas de bórax y a continuación se demostró no volátil a cualquier temperatura producible, incluso a la del soplete oxhídrico. En la bigornia resultó altamente maleable y en la oscuridad su luminosidad se hizo evidente. Se resistió a enfriarse con tenacidad y

pronto llevó a los académicos a un estado de verdadera excitación: tras ser expuesta al calor, exhibió ante el espectroscopio unas franjas brillantes de un color distinto a cualquiera conocido del espectro normal, lo que suscitó un apasionado debate sobre nuevos elementos, raras propiedades ópticas y otras cosas que los hombres de ciencia acostumbran a decir ante lo desconocido cuando no encuentran explicación.

Como se mantenía caliente, la probaron en un crisol con todos los reactivos adecuados. El agua no le hizo nada. Tampoco el ácido clorhídrico. El ácido nítrico e incluso el agua regia apenas produjeron un siseo y algún rasguño sobre su tórrida invulnerabilidad. Ammi tenía dificultades en recordar todas esas cosas, pero reconoció algunos disolventes cuando se los mencioné en el orden en que suelen usarse. Utilizaron amoníaco y sosa cáustica, alcohol y éter, el nauseabundo disulfuro de carbono y otra docena más; sin embargo, aunque con el tiempo el fragmento fue perdiendo peso a un ritmo constante y pareció enfriarse ligeramente, no se produjo cambio alguno en los disolventes que mostrara que la sustancia se hubiera visto afectada en lo más mínimo. No cabía duda de que era un metal. Para empezar, era magnético; y